



Facultad de Psicología

TRABAJO INTEGRADOR FINAL:

Investigación bibliográfica.

ALGUNAS PUNTUALIZACIONES SOBRE LAS CATEGORIAS DE CUIDADO Y FEMINIDAD A LA LUZ DE LA LITERATURA INFANTIL: UN ANALISIS DE ROLES Y ESTEREOTIPOS.

Autor/a: Delfina Piqué

Legajo: 2019/2

MaiL: delfi.pique@gmail.com

Docente responsable: Carla Piccioni.

Docente tif: Fernando J. Gómez

Año: 2025

Si se pudo, se puede.

Quiero agradecer :

A la Universidad Nacional de Rosario, y en especial a la Facultad de Psicología, por brindarme la posibilidad de habitar sus espacios, formarme y crecer en ellos. A mi tutora, por su acompañamiento tan amoroso durante estos meses, y a todos los y las docentes por la generosa transmisión de saberes.

A mi familia, a mi mamá y a mi papá, por el cariño y por ser sostén incondicional. Mención especial a mi mamá, por su fuerza, su ternura y por enseñarme, con su ejemplo, que el amor también puede ser una forma de valentía; a mis hermanos, por permitirme aprender de ellos, todos los días y por haber creado juntos nuestras propias historias de cuentos; a mis tías y abuelos, por su amor y su compañía invaluable, y a toda esa familia ampliada que siempre supo ser refugio.

A mis amigas y amigos, los de siempre y los de ahora, por estar en cada paso, por acompañarme y cuidarme como nadie y por confiar en mí incluso más de lo que yo misma lo hago.

Al Chila, Juanci, Iván y Charo por su complicidad, las risas compartidas y por recordarme siempre la importancia de la amistad verdadera.

A Elina y a Virginia por su compañía, su hermandad y su complicidad.

Gracias por salvarme amigas y amigos, ustedes son mi familia elegida.

Y a mí psicóloga, Florencia, por su paciencia, su escucha y por acompañarme todos estos años, en el camino de conocerme a mí misma.

Finalmente, al feminismo, por enseñarme a mirar el mundo con otros ojos, y a los cuentos infantiles, por recordarme que las historias también pueden ser un modo de transformar la realidad.

INDICE

Resumen y palabras claves.....	3
Introducción.....	4
Lugar de la mujer a lo largo de la historia.....	5
¿Qué se entiende por feminidad?.....	6
¿Cómo se entiende el cuidado?.....	9
¿Qué son los estereotipos de género?.....	10
Cuentos infantiles	
Cuentos clásicos.....	11
Caperucita roja.....	12
Bella durmiente.....	13
Cenicienta.....	14
Reversiones de los cuentos clásicos.....	15
Conclusión.....	18
Referencias bibliográficas.....	20

RESUMEN

El presente trabajo analiza la construcción de las feminidades y la relevancia del cuidado en la literatura infantil, a partir de una revisión bibliográfica y del estudio de cuentos clásicos —*Blancanieves*, *Caperucita Roja* y *La Bella Durmiente*— junto con sus reversiones contemporáneas. Se parte del supuesto de que la feminidad constituye una construcción histórica, social y cultural, estrechamente vinculada a los roles y expectativas asignados a las mujeres. En los relatos tradicionales se identifican estereotipos de género que asocian la feminidad con la belleza, la pasividad, la obediencia y el cuidado de los otros; no obstante, las reinterpretaciones actuales cuestionan dichas representaciones y proponen modelos de feminidades más activas, autónomas y críticas, que amplían las posibilidades de identificación en las infancias. En este marco, el cuidado, entendido como dimensión central de la feminidad, puede ser analizado tanto como un mecanismo de reproducción de roles tradicionales como una práctica resignificada en clave emancipadora, lo que evidencia la necesidad de reflexionar sobre el papel de la literatura infantil en la transmisión de valores y en la construcción de identidades de género más diversas e inclusivas.

PALABRAS CLAVES

Cuidado, feminidad y literatura infantil.

INTRODUCCION

La literatura infantil ha sido, a lo largo de la historia, un vehículo fundamental de transmisión de valores, imaginarios y modelos sociales. Lejos de ser un espacio neutro, los cuentos clásicos y sus versiones contemporáneas condensan representaciones sobre la feminidad, el cuidado y los roles de género, ofreciendo a las infancias narrativas que no solo entretienen, sino que también educan y moldean identidades. Sin embargo, estas historias no surgen en el vacío: se inscriben en procesos históricos, políticos y culturales que han delimitado lo que significa *ser mujer* y han asociado a lo femenino con la pasividad, la obediencia y la domesticidad.

Frente a esto, surge la necesidad de preguntarnos: ¿cómo han evolucionado los modelos de feminidad y cuidado desde los cuentos clásicos hasta las reversiones actuales? ¿De qué manera la literatura infantil ha contribuido a consolidar estereotipos de género y, al mismo tiempo, cómo puede transformarse en una herramienta crítica para subvertirlos? ¿Qué tensiones persisten entre los mandatos históricos y las nuevas formas de imaginar lo femenino en la sociedad contemporánea?

Metodológicamente, este trabajo se basa en una revisión bibliográfica que articula aportes teóricos de autoras y autores relevantes en estudios de género, literatura, psicoanálisis y educación. El objetivo principal es analizar la importancia del cuidado como temática en la literatura infantil y su relación con la construcción de las feminidades, tomando como base los cuentos clásicos *Blancanieves*, *Caperucita Roja* y *La Bella Durmiente*, junto con sus reversiones contemporáneas. La elección de estos textos responde a su carácter emblemático y a su fuerte influencia cultural, tanto en el imaginario social como en las prácticas educativas. A partir de un análisis comparativo entre las versiones tradicionales y sus relecturas actuales, se buscará identificar los estereotipos de género que persisten, aquellos que se transforman y cómo estos relatos inciden en la construcción de la subjetividad infantil.

La hipótesis que guía esta investigación sostiene que la literatura infantil cumple una función social significativa en la construcción de las subjetividades en niñas y niños, al transmitir modelos vinculados al cuidado y a la feminidad, contribuyendo a la reproducción de estereotipos de género y a la limitación de las posibilidades de estos en términos de autonomía, deseo y agencia. No obstante, se plantea que las nuevas narrativas emergen como herramientas potentes para desafiar y transformar dichos modelos, promoviendo infancias más inclusivas, diversas y empoderadas.

LUGAR DE LA MUJER A LO LARGO DE LA HISTORIA

El lugar de la mujer en la sociedad ha sido objeto de múltiples interpretaciones, en las que se evidencia que sus roles no son naturales ni estáticos, sino construcciones históricas, políticas y culturales que han acompañado los cambios en los sistemas económicos y sociales. En este sentido, diferentes autoras coinciden en que la feminidad, el trabajo y las responsabilidades asignadas a las mujeres han variado a lo largo del tiempo, aunque con permanencias que han reforzado su subordinación dentro de la estructura social.

Como sostiene Federici:

La definición de las mujeres como seres demoníacos y las prácticas atroces y humillantes a las que muchas de ellas fueron sometidas dejó marcas indelebles en su psique colectiva y en el sentido de sus posibilidades. Desde todos los puntos de vista- social, económico, cultural, político - la caza de bruja fue un momento decisivo en la vida de las mujeres; fue el equivalente a la derrota histórica a la que alude Engels en, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (1884), como la causa del desmoronamiento del mundo matriarcal. (p. 184, 2024).

En las sociedades pre-capitalistas, las mujeres participaron activamente en la vida comunitaria y económica. Realizaban labores agrícolas, artesanales y comerciales, sin una división sexual tajante de las tareas. Estas funciones se articulaban con las reproductivas y de cuidado, pero no bajo la rigidez que se consolidaría después.

Entre los siglos XV y XVII, la caza de brujas operó como un mecanismo de disciplinamiento. Buscó eliminar formas de autonomía femenina, en especial aquellas asociadas a la medicina popular y a los saberes colectivos (Federici, 2004). En este contexto, el cuerpo de las mujeres fue reducido a su función reproductiva, mientras se consolidaba el ideal de una figura sumisa, obediente y confinada al hogar.

Con el advenimiento del capitalismo, se reforzó esta construcción de una feminidad pasiva. La separación entre trabajo productivo y reproductivo relegó a las mujeres al ámbito doméstico y naturalizó esa división como tarea femenina (Federici, 2004).

En esta línea, Simone de Beauvoir (1949/2019) había advertido que *no se nace mujer: se llega a serlo*, mostrando cómo la feminidad se constituye como categoría histórica y cultural más que como una esencia natural.

Durante los siglos XIX y XX, en Occidente, se afianzó un ideal de mujer vinculado a la maternidad, la moralidad y el sacrificio personal en beneficio de la familia. Como sostienen Colomer (2010) y Tajer (2009), la literatura infantil, la educación y los discursos religiosos jugaron un rol fundamental en la transmisión de este modelo, consolidando el arquetipo de la *buena madre y esposa* como horizonte normativo. En los cuentos clásicos, por ejemplo, se reiteran representaciones en las que las mujeres ocupan roles de cuidado y abnegación, reforzando la asociación entre feminidad y domesticidad.

En esta línea, Sardi D'Arielli (2018) advierte que la literatura para niñas continúa operando como un espacio de silenciamiento en torno a la perspectiva de género: aunque transmite de manera implícita modelos de feminidad y masculinidad, pocas veces se problematiza esta dimensión en los diferentes ámbitos cotidianos. Su trabajo pone en evidencia que lo no dicho, lo que no se habla, se convierte también en un modo de reproducir mandatos culturales y de invisibilizar el peso del género en la formación subjetiva.

En las últimas décadas, las luchas feministas y los estudios de género han cuestionado estos mandatos. Autoras como Butler (1990) y Preciado (2002) plantean que las formas de ser mujer son múltiples y no pueden reducirse a la función reproductiva o de cuidado: "El género es ante todo prostético, es decir, no se da sino en la materialidad de los cuerpos. Es puramente construido y al mismo tiempo enteramente orgánico" (Preciado 2002, p.25).

Sin embargo, las huellas de estos modelos históricos persisten en el imaginario social y cultural, reproduciéndose en la literatura, los medios y las prácticas educativas.

En síntesis, el lugar de la mujer a lo largo de la historia no puede entenderse como un destino natural, sino como el resultado de procesos históricos, políticos y culturales que han delimitado sus roles, reforzando en muchos casos su subordinación, pero también habilitando espacios de resistencia y transformación. Las marcas dejadas por estos modelos, desde la caza de brujas hasta la idealización de la mujer como madre y cuidadora, continúan influyendo en las representaciones sociales y en la construcción de identidades femeninas. Ahora bien, si estos mandatos históricos han moldeado lo que entendemos por ser mujer, ¿Cómo se ha configurado la idea de feminidad y qué tensiones persisten hoy en torno a ella?

¿QUE SE ENTIENDE POR FEMINIDAD?

¿Qué es el feminismo?

Es una respuesta al odio que la sociedad masculina, pasada y presente, siente por la mujer. Es una toma de conciencia individual y grupal. Es búsqueda de fraternidad entre las mujeres. Es justa indignación. Es conocerse a sí misma, no competir con el varón. Es denunciar la segregación. Es comprender que muchas desgracias femeninas no son ordenadas por Dios ni la Naturaleza sino por los hombres para su comodidad. Es pretender reinar no sobre los hombres, sino sobre nuestros propios cuerpos y destinos. Es rechazar las imágenes con que la sociedad nos encasilla: prostitutas o diosas, mártires o brujas. Es comprender que vivimos deformadas y traicionadas por una educación falsa. Es comprender que todas las revoluciones que trajeron algún progreso parcial no contemplaron los problemas específicos de la mitad de la humanidad. Es buscar la libertad sin atender a dómine o que nos digan señalando cuándo, cómo y cuánto. Es querer integrarnos a la sociedad como criaturas enteras, no sólo como madres y amas de casa. Es querer, una vez integradas, cambiar radicalmente una sociedad basada en la violencia, la explotación y la represión. Es señalar y combatir la misoginia, porque lo que empieza por una simple palabra puede terminar en quema de brujas o campos de concentración. Es comprender que las mujeres excepcionales no hacen sino confirmar la regla general. Es rechazar etiquetas milenarias. Es comprender que la caridad empieza por casa, pero casa es el mundo. Es darse cuenta de que las excepciones poco cuentan porque todas las mujeres tenemos los mismos problemas.

María Elena Walsh
(El Feminismo, 2024)

La feminidad es una construcción histórica, social y cultural que ha variado según las épocas y contextos, que está atravesada por relaciones de poder, mandatos de género y discursos normativos. No se trata de una esencia natural o de rasgos innatos, sino de un conjunto de expectativas, comportamientos y atributos que las sociedades han asociado a las mujeres. Siguiendo a Silvia Federici (2004), la feminidad que conocemos hoy fue moldeada de forma funcional al desarrollo del capitalismo, mediante un proceso de control sobre el cuerpo femenino y de disciplinamiento de las mujeres hacia roles reproductivos y domésticos. Esta configuración histórica tuvo como consecuencia la asociación de lo femenino con la pasividad, la docilidad, la dependencia y la predisposición para cuidar.

Desde la perspectiva psicoanalítica, Sigmund Freud, en su texto *La feminidad*, vincula el desarrollo de la identidad femenina con la resolución del complejo de Edipo. "Cuando la renuncia ha ocurrido, ya puede volverse del padre. Ya ha tenido que renunciar al pene que deseaba para sus sustitutos (la madre es reemplazada aquí por la posición de

pareja o por los hijos) "(Freud, 1933, p.125). Si bien esta mirada es hoy cuestionada, ha ejercido una fuerte influencia en concepciones posteriores sobre el ser mujer.

Tomando el aporte de Simone de Beauvoir (1949) mencionado en el apartado anterior, lo femenino se entiende como una identidad producida por la cultura, y no como una consecuencia biológica. Judith Butler (1990) retoma este planteo y propone que el género es performativo, es decir, que se construye a través de la repetición de actos y discursos que producen la ilusión de una identidad estable.

En la actualidad, las feminidades se reconocen como múltiples y diversas, alejándose de un modelo único y hegemónico. Rita Segato (2003, 2016) analiza cómo los mandatos de género se inscriben en un sistema patriarcal y colonial, señalando que la feminidad ha sido moldeada en función de relaciones de dominación.

Para Lagarde (1997), históricamente la feminidad está atravesada por una dimensión óptica de ser para otros, que es donde adquiere sentido vital y reconocimiento de sí, por su contribución a la realización de los demás. Ésta condición remite a la mujer a una permanente incompletud y la ubica al servicio de una ética de cuidados, encargada de dar, preservar, proteger y reproducir la vida. Los demás siempre tendrán prioridad sobre ella, vehiculizan su ser femenino en la postergación de sí misma, construyendo su identidad en función de esta relación de servidumbre, sometimiento y dominio históricamente dados. La prohibición de ser para sí, se constituye a partir del surgimiento del patriarcado en un tabú cultural, cuya trasgresión es socialmente peligrosa y se vive con vergüenza y culpa, lo cual ejerce una función de control y coerción introyectados bajo la modalidad de mala conciencia. La ubicación de la mujer en una esfera no tradicional supone romper con el ideal estereotipado de mujer-madre y la coloca en el sospechoso lugar de transgresión, lo cual funciona como una fuente de represión social y psicológica que le impele a mantenerse dentro de los parámetros del status quo.

Lo femenino ya no puede pensarse como una esencia única y universal, sino como una categoría en disputa, que abre a múltiples formas de subjetivación y a la posibilidad de desafiar los mandatos normativos que históricamente la han definido produciendo, constituyendo producciones sociales en un momento dado, no exentas de tensiones que se encuentran siempre en movimiento.

En definitiva, la feminidad aparece como una categoría histórica, social y cultural en constante transformación, atravesada por mandatos de género, relaciones de poder y discursos normativos que han intentado definir lo que significa "ser mujer". Sin embargo, los cuestionamientos contemporáneos y las múltiples formas de feminidad que emergen hoy evidencian que no existe una esencia única ni un modelo hegemónico que pueda abarcar la diversidad de experiencias y subjetividades femeninas. Resulta necesario

indagar cómo estas representaciones han contribuido a naturalizar su vínculo con el cuidado. Comprender esta relación permite analizar no solo las formas en que las mujeres fueron situadas en roles de sostenimiento de la vida y la reproducción social, sino también cómo estos mandatos se han transformado y son hoy objeto de disputa frente a nuevas perspectivas que buscan resignificar el cuidado más allá de los límites tradicionales del género.

Esto nos lleva a preguntarnos: ¿de qué manera las tensiones entre tradición y cambio seguirán moldeando las representaciones y vivencias de la feminidad en la sociedad actual?

¿COMO SE ENTIENDE EL CUIDADO?

El concepto de cuidado ha sido ampliamente trabajado desde diferentes autores y autoras, configurándose como una categoría central para comprender la sostenibilidad de la vida y la reproducción social. En un primer momento, el cuidado fue reducido a un conjunto de tareas domésticas y afectivas, ligadas a la maternidad y al ámbito privado. Esta naturalización implicó que se lo considerara una responsabilidad *propia* de las mujeres. La definición propuesta por la socióloga española María Ángeles Durán (2000) establece que el cuidado proporciona tanto subsistencia como bienestar y desarrollo. Abarca la indispensable provisión cotidiana de bienestar físico, afectivo y emocional a lo largo de todo el ciclo vital de las personas. Se entiende como un trabajo indispensable, complejo y con valor social, que sostiene el entramado mismo de la vida colectiva.

Silvia Federici (2004) aporta una lectura histórica y política: la naturalización del cuidado y del trabajo doméstico femenino fue condición de posibilidad para el desarrollo del capitalismo, en tanto garantizó la reproducción de la fuerza de trabajo sin costo económico para el sistema. Desde esta perspectiva, el cuidado se ubica en el corazón de la división sexual del trabajo, evidenciando la explotación y desvalorización de las tareas feminizadas.

Judith Butler (1990), al problematizar la categoría de sexo como normativa, amplía este debate al mostrar cómo los cuerpos y sus prácticas —entre ellas, el cuidado— son producidos y regulados por relaciones de poder. El cuidado, entonces, no es sólo una práctica concreta, sino también un espacio simbólico donde se inscriben normas de género, identidades y desigualdades.

En el campo del psicoanálisis, autoras como Débora Tajer (2009) y Jessica Benjamin (1998) aportan a la comprensión del cuidado desde una mirada relacional. Tajer resalta cómo los mandatos de género atraviesan la constitución subjetiva, mientras que

Benjamin problematiza las dinámicas de dominación y reconocimiento en los vínculos afectivos, mostrando que el cuidado puede ser tanto un espacio de sostén como de sujeción.

Finalmente, trabajos contemporáneos como el de Valeria Sardi D'Arielli (2018) visibilizan cómo estas tensiones se transmiten en la literatura infantil, donde los relatos clásicos y sus reversiones se constituyen en dispositivos culturales que reproducen, cuestionan o transforman los imaginarios del cuidado y de la feminidad. El cuidado es una categoría compleja, que atraviesa múltiples dimensiones: histórica, política, simbólica, afectiva y cultural. Su análisis permite reconocerlo como práctica vital para la sostenibilidad de la vida, al mismo tiempo que como un terreno en disputa donde se negocian los mandatos de género y las posibilidades de transformación social.

El cuidado se revela como una categoría fundamental para comprender tanto la sostenibilidad de la vida como las desigualdades de género que atraviesan su organización histórica y social. Su asociación con lo femenino, consolidada a partir de procesos económicos, culturales y políticos, ha contribuido a su desvalorización y a su naturalización como tarea propia de las mujeres. Sin embargo, las perspectivas contemporáneas lo entienden como una práctica relacional, política y colectiva, que excede los límites de lo doméstico y del mandato de género. Reconocer esta complejidad abre el debate sobre cómo desarticular las jerarquías históricas que lo han configurado y cómo resignificar el cuidado como responsabilidad social compartida, desvinculándolo de la subordinación femenina.

¿QUÉ SON LOS ESTEREOTIPOS DE GENERO?

Los estereotipos de género representan creencias y expectativas socialmente establecidas sobre las características, roles y comportamientos que deben tener las personas en función de su sexo o género. Históricamente el género ha sido conceptualizado sobre la base de parámetros masculinos y está definido fálicamente por la ausencia, la falta, la carencia y la atrofia; lo cual dentro de esta lógica convoca la envidia del pene. Lo femenino, es entonces establecido por oposición a lo masculino, es su negativo, el reverso, una otredad inexpugnable y temida.

Desde una perspectiva crítica, la literatura infantil ha sido señalada como un espacio de reproducción de estos estereotipos, ya que los relatos y las imágenes que presenta suelen consolidar modelos rígidos y normativos de lo que significa ser niño o niña. Autoras como Sardi D'Arielli (2018) advierten que, aunque la literatura para las infancias,

puede transmitir valores y conocimientos, muchas veces actúa como un espacio de silenciamento y reproducción de visiones estereotipadas, que refuerzan roles tradicionales y limitan la posibilidad de imaginar identidades plurales y libres. Estos relatos contribuyen a la construcción de expectativas de género en la niñez, influyendo en la percepción que tienen los niños y niñas sobre sí mismos y sobre los demás, afectando su desarrollo emocional, social y sus futuras relaciones.

La persistencia de estereotipos en los cuentos tradicionales y en la literatura infantil contemporánea obstaculiza la deconstrucción de concepciones binarias, fijas y excluyentes respecto a los roles de género, promoviendo en cambio la interiorización de mandatos que pueden limitar las experiencias, las aspiraciones y las posibilidades de las infancias. En este sentido, la revisión y reformulación de los relatos infantiles, en especial a través de reversiones y nuevas narrativas, se vuelve una estrategia fundamental para promover modelos de igualdad, diversidad y justicia de género desde las etapas tempranas de la vida. En suma, la literatura infantil no sólo refleja, sino que también moldea las construcciones sociales del género, haciendo necesario un análisis crítico que permita visibilizar y desafiar los estereotipos presentes en sus relatos.

CUENTOS INFANTILES

“Hay horas en la infancia, en que todo niño es un ser asombroso, el que realiza el asombro de ser. Descubramos así en nosotros una infancia inmóvil, una infancia sin devenir, liberada del engranaje del almanaque”.

Gastón Bachelard
(La Poética de la ensoñación).

Cuentos clásicos

Los cuentos clásicos, tradicionales o populares, son historias universales que han sobrevivido al paso del tiempo, gracias, primero por la tradición oral, luego por la traducción a la escritura. Sus personajes son seres humanos, criaturas mágicas o animales que piensan y hablan. En la trama, el protagonista siempre tiene un conflicto que resolver, o bien superar diversas pruebas. Para ello, contará con la ayuda de otros personajes u objetos mágicos hasta conseguir su objetivo. El final del cuento tradicional siempre es feliz. Es considerado en la actualidad como una de las principales herramientas culturales que

durante las primeras edades ayudan a niños y niñas a conocer el mundo. A través de ellos, las infancias, descubren los valores y conductas de su cultura, aprenden a diferenciar el bien del mal, la verdad de la mentira, cómo enfrentarse a los problemas y evitar el peligro, entre algunas de las cosas. Los cuentos clásicos, tradicionales o populares son relatos universales que han sobrevivido al paso del tiempo gracias, en primer lugar, a la tradición oral y, posteriormente, a su fijación en la escritura (Bettelheim, 1977). Sus personajes suelen ser seres humanos, criaturas mágicas o animales que atraviesan conflictos y pruebas, hasta alcanzar un desenlace generalmente feliz. En este sentido, los cuentos constituyen un dispositivo cultural que transmite valores, enseñanzas y modos de relación que orientan la socialización infantil (Colomer, 1999).

Durante las primeras edades, estos relatos no solo entretienen, sino que contribuyen a que niños y niñas aprendan a diferenciar el bien del mal, a reconocer el peligro, a valorar la obediencia y la recompensa, así como a comprender las normas de la vida en comunidad (Bettelheim, 1977). A través de ellos, las infancias internalizan modelos de conducta y representaciones sociales que configuran imaginarios sobre los vínculos familiares, las jerarquías de género y los lugares asignados a cada sujeto dentro de la cultura (Tajer, 2009).

En particular, los cuentos clásicos reproducen representaciones específicas sobre el rol de las mujeres y la feminidad. Los relatos populares fueron moldeados, sobre todo desde las versiones escritas de Perrault y los hermanos Grimm, para transmitir valores de domesticidad, obediencia y pasividad, especialmente dirigidos a las niñas. De este modo, la figura femenina aparece estrechamente ligada al cuidado, la espera o el sacrificio, mientras que la figura masculina suele recaer en personajes poderosos, fuertes o figuras mágicas externas. Analizar cuentos como *Caperucita Roja*, *La bella durmiente* y *Cenicienta* desde esta perspectiva permite visibilizar cómo, a través de la literatura infantil, se transmiten mandatos sobre la feminidad, el cuidado y la función social de las mujeres, así como la manera en que estos discursos han sido cuestionados y reelaborados en reversiones contemporáneas.

Caperucita Roja

El relato de *Caperucita Roja*, popularizado por Charles Perrault (1697) y más tarde por los hermanos Grimm (1812), se presenta como una advertencia moral a las niñas. Según Zipes (1993), la historia tiene un claro objetivo pedagógico: enseñar obediencia y prudencia frente a los peligros del mundo exterior, encarnados en el lobo. En este sentido, la protagonista es construida como ingenua y vulnerable, lo cual refuerza la representación

de la feminidad ligada a la pasividad y la necesidad de protección masculina, una niña consentida y mimada, castigada con su muerte y la de la abuela por haberse apartado del camino recomendado por su madre.

Mira Caperucita Roja, aquí tienes un trozo de torta y una botella de vino para llevar a la abuela, pues está enferma y débil, y esto la reanimará. Arréglate antes de que empiece el calor, y cuando te marches, anda con cuidado y no te apartes del camino: no vaya a ser que te caigas, se rompa la botella y la abuela se quede sin nada. Y cuando llegues a su casa, no te olvides de darle los buenos días, y no te pongas a hurguetear por cada rincón. (Hermanos Grimm 1785-1863).

Silvia Federici (2004) ayuda a leer este relato como parte de un proceso histórico en el que las mujeres fueron confinadas al ámbito doméstico. Caperucita, al desobedecer la indicación materna de no desviarse del camino, es castigada simbólicamente con la amenaza de la violencia. Así, el cuento funciona como dispositivo disciplinador sobre las infancias femeninas, reforzando el mandato de cuidado y sumisión.

Desde el psicoanálisis, Bruno Bettelheim (1977) interpreta el cuento como metáfora de la iniciación sexual, en la que el lobo representa la amenaza del deseo masculino. De este modo, la feminidad se vincula con la idea de peligro y de pérdida de la inocencia, estableciendo un recorrido donde la sexualidad femenina aparece bajo el signo del riesgo y la prohibición.

Bella Durmiente

La historia de *La Bella Durmiente*, en versiones como la de Perrault (1697) y los Grimm (1812), refuerza la feminidad como espera pasiva. La princesa condenada a dormir hasta la llegada del príncipe encarna la representación de la mujer como sujeto inerte, a la espera, cuyo destino depende de la acción salvadora masculina. En clave de cuidado, las figuras femeninas en el cuento cumplen roles protectores y maternos: las hadas buenas que intentan suavizar la maldición, la reina que vela por su hija. Sin embargo, este cuidado no alcanza para evitar el destino trágico, lo cual puede interpretarse como un mensaje que desvaloriza la agencia femenina y la subordina al poder masculino.

La fiesta se realizó con gran pompa y cuando llegaba a su fin las hadas otorgaron a la niña sus dones prodigiosos: una le dio la virtud, otra la belleza, la tercera la riqueza y así hasta tener todo lo que se puede desear en el mundo. Cuando once de ellas habían formulado sus deseos, súbitamente hizo su aparición la decimotercera. Quería vengarse por no haber sido invitada, y sin saludar, incluso sin mirar a nadie, proclamó en voz alta: -

Al cumplir sus quince años, la princesa se pinchará con una aguja y caerá muerta. Sin agregar una palabra más dio media vuelta y abandonó el lugar (Hermanos Grimm, 1785-1863, pág.3)

Federici (2004) y Segato (2016) permiten pensar que este cuento, como otros clásicos, configura un imaginario donde la feminidad se vincula al sacrificio, la obediencia y la espera, ubicando a la mujer en un lugar de dependencia estructural respecto del varón.

Cenicienta

El cuento de *Cenicienta*, difundido por Perrault (1697) y los Grimm (1812), expone la feminidad desde la oposición entre virtud y maldad femenina: la protagonista encarna la bondad, la humildad y la obediencia, mientras que la madrastra y las hermanastras representan la envidia y la crueldad.

Junto con realizarse la boda, la madrastra dio libre curso a su mal carácter; no pudo soportar las cualidades de la joven, que hacían aparecer todavía más odiables a sus hijas. La obligó a las más viles tareas de la casa: ella era la que fregaba los pisos y la vajilla, la que limpiaba los cuartos de la señora y de las señoritas sus hijas; dormía en lo más alto de la casa, en una buhardilla, sobre una mísera pallasa, mientras sus hermanas ocupaban habitaciones con parquet, donde tenían camas a la última moda y espejos en que podían mirarse de cuerpo entero. (Charles Perrault, 1628 – 1703, p. 2)

La narrativa construye un modelo de “feminidad ejemplar” basado en la dulzura, el sacrificio y la sumisión, premiado con el matrimonio real. En términos de cuidado, *Cenicienta* se ocupa de las tareas domésticas y del sostenimiento de la vida cotidiana en el hogar. Según Federici (2013), este trabajo no remunerado y naturalizado constituye una de las bases históricas de la explotación femenina. La recompensa final (ser elegida por el príncipe) sugiere que la feminidad virtuosa y sacrificada será reconocida y validada sólo a través de la unión matrimonial. Desde una lectura contemporánea, Preciado (2008) cuestiona estos relatos como tecnologías de género que reproducen un ideal normativo de mujer: blanca, heterosexual, obediente y destinada a encontrar su identidad en el vínculo con un hombre. De esta forma, *Cenicienta* reafirma un modelo hegemónico de feminidad centrado en la domesticidad y la dependencia.

Los tres cuentos clásicos reproducen representaciones tradicionales de feminidad, cuidado y rol de la mujer: la obediencia (*Caperucita*), la pasividad (*Bella Durmiente*) y la

domesticidad (*Cenicienta*). A la vez, estas narrativas han sido objeto de reversiones contemporáneas que buscan cuestionar y subvertir dichos mandatos.

Reversiones de los cuentos clásicos

En la obra *Carta al lobo*, Laura Devetach propone una relectura feminista del cuento clásico *Caperucita Roja*, resignificando el relato desde la voz de la propia protagonista. Mediante la forma epistolar, Caperucita —ya adulta— escribe una carta al lobo con la intención de repensar y reescribir su experiencia infantil, desde una mirada crítica y emancipadora.

Uno de los aspectos centrales de esta reversión es la reflexión sobre la pérdida de identidad. La protagonista denuncia cómo el apodo "Caperucita Roja", impuesto por su abuela a partir de una prenda de vestir, borró su verdadero nombre. Este gesto aparentemente inofensivo encarna una práctica habitual de despersonalización que afecta especialmente a las mujeres: se las nombra desde el afuera, anulando su subjetividad.

Desde una perspectiva feminista, esta crítica pone en evidencia cómo los mandatos de género se imponen desde la infancia. La niña es enviada sola al bosque por su madre, a pesar del peligro conocido. No recibe herramientas para protegerse ni advertencias claras, sino que se le exige obediencia ciega. En este sentido, la autora expone cómo la educación tradicional reproduce un modelo patriarcal en el que las mujeres deben acatar órdenes, ignorar su intuición y asumir riesgos sin cuestionar.

Quiero contarle por ejemplo que yo fui al bosque porque mi mamá, con esa maldita costumbre que suelen tener muchos grandes, me mandaba de delegada frente a mi abuela en lugar de ir ella. ¿No le parece arbitrario que mamá (sin motivos conocidos) mande a nena chica a que atravesase bosque con lobo para llevar manteca y tortas a abuela enferma? No entiendo por qué, si Ud. estaba en el bosque y ella lo sabía y también sabía de su apetito, esa mamá mía no me acompañó o me enseñó a defenderme. (Devetach 1989, p 1.)

Además, Devetach introduce una mirada sensible y poética del bosque, el cual no solo representa el peligro sino también la curiosidad, el juego y el deseo de saber. La niña se detiene a observar flores, insectos y olores, actos que son condenados por los adultos como distracciones o "pavadas". Aquí se evidencia otra crítica: la represión del pensamiento crítico y del placer de conocer, rasgos esenciales que históricamente han sido negados a las mujeres bajo el argumento de que "no deben pensar tanto". En el encuentro con el lobo, la protagonista reconoce cómo fue manipulada mediante una actitud seductora

y hábil, pero también cómo su obediencia facilitó la situación. La carta no se queda en la queja o la culpa, sino que representa un acto de reapropiación de la propia historia, de análisis personal y ruptura con el relato hegemónico.

Finalmente, Caperucita reflexiona sobre la crianza de su propia nieta, Sidonia, quien también debe cruzar el bosque, pero lo hace con más herramientas y libertad. Esta alusión esperanzadora sugiere que, si bien el mundo sigue teniendo sus peligros, las nuevas generaciones pueden construir relatos distintos, menos opresivos y más conscientes.

La escritora Rocío Sanz ofrece en *El insomnio de la Bella Durmiente* una reinterpretación irónica y profundamente crítica del clásico cuento de hadas, en la que subvierte los elementos tradicionales del relato para cuestionar los roles pasivos asignados históricamente a las mujeres. Desde una perspectiva feminista, este relato permite analizar cómo los mandatos sociales vinculados al género se filtran incluso en las formas más aparentemente inocentes de la literatura infantil.

En el cuento original, la Bella Durmiente es víctima de un destino impuesto: condenada a dormir cien años hasta que un príncipe venga a despertarla, representando así el ideal de la feminidad pasiva, dócil y receptiva, cuya única función narrativa es esperar. Rocío Sanz rompe con esa lógica al introducir un elemento disruptivo: la princesa no puede dormir. El insomnio no solo actúa como una metáfora de la conciencia y el despertar interior, sino también como una forma de resistencia frente al guion que otros han escrito para ella. El hada madrina, representante del poder mágico y tradicional, intenta resolver el problema dentro del mismo marco patriarcal del cuento clásico: propone repetir el esquema de *Blancanieves* o alterar el texto original para mantener la lógica del "cuento correcto". Sin embargo, la princesa se niega: reivindica su individualidad y el derecho a tener su propia historia. Esta actitud implica una ruptura con el arquetipo de la mujer sumisa y callada, y plantea un cuestionamiento sobre la construcción de los relatos femeninos como copias o variantes de una narrativa central masculina. La aparición de los niños y niñas que acuden a consolar y acompañar a la Bella Durmiente durante su vigilia simboliza una nueva generación de voces que ya no reproducen pasivamente los viejos modelos. Ellos y ellas le ofrecen cuentos, juegos, ideas, y con eso transforman los cien años de espera en una experiencia activa, rica en posibilidades. Esta intervención representa el poder transformador de la imaginación y la colectividad, y también una apertura a nuevas formas de ser mujer: creativa, despierta, autónoma.

Desde la crítica feminista, la obra de Sanz también puede leerse como una denuncia de la alienación femenina en los relatos tradicionales, donde las mujeres no son protagonistas activas de su destino, sino figuras a la espera de ser salvadas o consumidas por una mirada externa (el príncipe, la historia, la sociedad). En cambio, esta Bella Insomne

no solo se mantiene despierta, sino que reclama tiempo, espacio y voz. Cuando finalmente llega el príncipe, no encuentra a una princesa frágil y dormida, sino a una mujer viva, activa y rejuvenecida por la experiencia. Este final no niega el amor ni la celebración, pero descentra el rol del príncipe, que ya no es quien salva, sino quien se encuentra con una igual, con una mujer que ya ha vivido, pensado y creado durante su vigilia.

La Cenicienta que no quería comer perdices, de Nunila López Salamero y Myriam Cameros Sierra es una reinterpretación del clásico cuento de hadas desde una perspectiva feminista, que pone en cuestión los modelos tradicionales de amor, belleza y felicidad que se han impuesto históricamente a las mujeres a través de la literatura infantil y juvenil. Esta versión moderna, escrita por Nunila López Salamero e ilustrada por Myriam Cameros Sierra, recupera la voz y la autonomía de la protagonista para construir un relato que desafía el "felices para siempre" convencional.

En el cuento tradicional, Cenicienta es una joven pasiva, oprimida, cuya vida mejora mágicamente gracias a la intervención de un hada madrina y culmina en el matrimonio con un príncipe, como premio a su belleza, dulzura y obediencia. Esta narrativa reproduce mandatos patriarcales que promueven la sumisión femenina y legitiman el amor romántico como única fuente de realización personal. Sin embargo, en *La Cenicienta que no quería comer perdices*, la protagonista no encuentra la felicidad en el príncipe ni en la boda, sino que atraviesa un proceso de toma de conciencia y empoderamiento personal. Al casarse, descubre que su vida no es como soñaba: el príncipe la trata con indiferencia, le exige que cumpla roles tradicionales, y poco a poco ella pierde la alegría, la risa, la autoestima... hasta que un día decide decir basta. Este punto marca un quiebre fundamental en la narrativa: Cenicienta comienza a escucharse a sí misma, a desaprender lo que le enseñaron sobre el amor y la felicidad, y a reconstruir su vida desde el autocuidado, la sororidad y la independencia. Se encuentra con otras mujeres que también han salido de relaciones dolorosas, aprende a reconocerse frente al espejo, y comprende que la libertad y la dignidad valen más que cualquier zapato de cristal. Desde una perspectiva feminista, este cuento representa una crítica directa a los modelos de feminidad que imponen la belleza física, la obediencia y la espera pasiva como ideales de conducta. En contraposición, la obra promueve valores como la autonomía emocional, la autoaceptación, la ruptura con los vínculos tóxicos y el poder de la colectividad femenina. Asimismo, el título mismo —*que no quería comer perdices*— funciona como una metáfora de rechazo al final tradicional de los cuentos de hadas. La protagonista no desea un final feliz impuesto, sino uno elegido. En este sentido, el cuento no sólo critica el mito del amor romántico como destino único, sino que ofrece alternativas reales y diversas para el bienestar femenino.

En resumen, *Carta al lobo* de Laura Devetach constituye una potente revisión literaria feminista que desmonta los estereotipos del cuento tradicional. La autora pone en voz de la protagonista una crítica a los modelos de educación patriarcales, a la pérdida de identidad femenina y a la represión de la autonomía, abriendo así la posibilidad de nuevos relatos para las niñas y mujeres del presente.

En definitiva, *El insomnio de la Bella Durmiente* ofrece una revisión literaria feminista que recupera para las mujeres el derecho a pensar, sentir, crear y construir su propia historia, más allá de los moldes tradicionales que han dictado cómo debe ser una princesa. Rocío Sanz propone una protagonista que no teme estar despierta, ni sola, ni fuera del guión, y en ello reside el poder liberador de este cuento.

La Cenicienta que no quería comer perdices es una obra profundamente significativa dentro de la literatura feminista contemporánea. Desarma los estereotipos de género, cuestiona los roles asignados a las mujeres en las narrativas tradicionales, y propone un nuevo paradigma donde las protagonistas no buscan príncipes, sino autenticidad, alegría, y libertad para vivir su propia historia.

Conclusión

A lo largo de este trabajo se ha intentado desentrañar cómo los relatos que acompañan la infancia no son meras ficciones inocentes, sino vehículos de transmisión de valores, mandatos y modelos de subjetividad. Los cuentos clásicos como Caperucita Roja, La Bella Durmiente o Cenicienta nos muestran un entramado de sentidos donde la feminidad aparece asociada a la obediencia, la espera o la abnegación, mientras que el cuidado se presenta como una tarea natural y exclusivamente femenina. Sin embargo, las reversiones contemporáneas de estos textos abren grietas en esas estructuras, permitiendo imaginar otras formas de ser mujer, otras maneras de cuidar y también otras infancias posibles.

El recorrido teórico y literario evidencia que tanto la feminidad como el cuidado son construcciones históricas atravesadas por el poder, pero también por la posibilidad de transformación. Hoy, cuando las luchas feministas y los movimientos por la igualdad de género han logrado instalar nuevos lenguajes y sensibilidades, la literatura infantil se vuelve un espacio privilegiado para acompañar ese cambio cultural. Los relatos pueden seguir siendo espejos de mandatos, o bien convertirse en ventanas que permitan mirar —y

escribir— mundos más amplios, donde el cuidado no implique subordinación y la feminidad no se limite a la pasividad.

En este sentido, pensar la literatura infantil desde una perspectiva crítica y afectiva implica reconocer su potencial político y pedagógico. Los cuentos pueden seguir enseñando, pero también pueden enseñar a cuestionar. Tal vez ahí radique su poder más profundo: en la posibilidad de que las nuevas generaciones lean, imaginen y escriban historias en las que la ternura, el deseo, la autonomía y el cuidado compartido convivan sin jerarquías. Porque si los relatos moldean la infancia, cada nueva narración puede ser también un modo de cuidar el futuro.

Queda entonces abierta la pregunta: ¿cómo seguir construyendo relatos y prácticas culturales que promuevan feminidades libres, plurales y emancipadas para las nuevas generaciones?

BIBLIOGRAFÍA:

Arruzza, C., Bhattacharya, T., & Fraser, N. (2019). Manifiesto de un feminismo para el 99%: Un manifiesto. Herder Editorial.

Benjamin, J. (1998). Lazos de amor: El psicoanálisis, el feminismo y el problema de dominación. Paidós.

Bettelheim, B. (1976). Psicoanálisis de los cuentos de hadas. Crítica.

Bolla, L ;Estermman ,V. (2021). A las vueltas con el enemigo principal: capitalismo y patriarcado en la teoría de Christine Delphy. Zona Franca.

Butler, J. (1990). El género en disputa: feminismo y la subversión de la identidad".

Colomer, T. (2010). *La literatura infantil y juvenil: De la producción a la recepción*. Síntesis.

Devetach, L. (1989) Carta al lobo. Biblioteca popular José A. Guíasola. <https://garabatodearchivos.blogspot.com/2020/01/carta-al-lobo-de-laura-devetach-querido.html>

Enriquez, M. Página/12. (2009). La larga vida de una chica en rojo. Las12. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/subnotas/5118-524-2009-08-21.html>

Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños.

Giberti, E. (2014). *Familias y subjetividades: Transformaciones y debates*. Paidós.

Grimm, J., & Grimm, W. (1812/2012). Blancanieves. En Cuentos completos (pp. xx-xx). Alianza Editorial.

Grimm, J., & Grimm, W. (s. XIX/2012). Caperucita Roja y La Bella Durmiente. En Cuentos completos (pp. xx-xx). Alianza Editorial.

Lagarde, M. (1997). Claves feministas para el poderío y la autoafirmación de las mujeres. Managua, Nicaragua: Puntos de Encuentro.

López Salamero, N. (2009) La cenicienta que no quería comer perdices. Madreselva. <https://www.mujeresenred.net/IMG/pdf/lacenicientaquenoqueriacomerperdices.pdf>

Sánchez Muñoz, C. (2001). Del sexo al género. Los equívocos de un concepto. Universidad Autónoma de Madrid).

Sardi D'Arielli, V. (2018). Literatura para niñxs y género: ¿De eso no se habla? Universidad Nacional de La Plata.
https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3453/ev.3453.pdf

Tajer, D.(2009). Psicoanálisis para todxs. Paidós.